



9.

**Mujer, madre y conflicto:
el caso de la “Sargento
Matacho” (1933-1964)**



Mujer, madre y conflicto: el caso de la “Sargento Matacho” (1933-1964)

Por Ximena Pachón*, Óscar Arnulfo Cardozo**

DOI: <https://doi.org/10.54118/controver.vi217.1242>

Resumen: El interés por rastrear la figura de la madre bandolera, Rosalba Velásquez, conocida popularmente como la “Sargento Matacho”, detona en pleno desarrollo del trabajo de campo del proyecto “Recuerdos de infancia de antiguos niños guerrilleros”, patrocinado por la Convocatoria Orlando Fals Borda 2018. Allí, fuimos testigos de un sentido reencuentro entre miembros de la familia Velásquez, oriundos de Líbano (Tolima), quienes tras 49 años sin verse posibilitaron una serie de recuerdos y relatos en torno a la figura de la madre perdida: Rosalba Velásquez, la “Sargento Matacho”.

Este escrito indaga sobre la figura de la bandolera, pero también sobre la madre desconocida, la mujer y la compañera, vista principalmente por el tercero de los hijos de Rosalba, William Velásquez, durante su retorno junto con otros familiares a su natal Líbano, en septiembre de 2018. El texto busca, igualmente, registrar un suceso único: el reencuentro del hijo nacido de la guerra con las memorias de su madre perdida, la que un día salió al monte para jamás regresar.

Palabras clave: violencia, guerrilla, niños, Colombia, Tolima, mujer, madre.

Woman, Mother, and Conflict: the Case of “Sargent Matacho” (1933-1964)

Abstract: The interest in tracking the image of the guerrilla mother, Rosalba Velásquez, popularly known as Sergeant Matacho, triggers during the fieldwork of the “Childhood Memories of Former Guerrilla Children” project, supported by the Orlando Fals Borda 2018 sponsorship. There, we witnessed a meaningful reunion between members of the Velásquez family, native of Lebanon (Tolima), who after 49 years without seeing each other, enabled a reunion and the emergence of a series of memories and narratives about the lost mother, Rosalba Velásquez, Sergeant Matacho.

This paper inquiries about the image of the mother guerrilla, but also about the unknown mother, the woman, the affectionate caregiver, mainly seen by the third of Rosalba’s children, William Velásquez during his return along with other relatives, to Líbano (Tolima), in September 2018. The

* Antropóloga. Profesora asociada Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia. Correo electrónico: xpachonc@unal.edu.co

** Sociólogo, Universidad Nacional de Colombia. Correo electrónico: oacardozoc@unal.edu.co

text also seeks to capture a unique event: The reunion of the son born of war, with the memories of his lost mother, who one day entered the Colombian mountains, to never return.

Cómo citar este artículo: Pachón, Ximena y Cardozo, Óscar Arnulfo (2021). Mujer, madre y conflicto: el caso de la “Sargento Matacho” (1933-1964). *Revista Controversia*, 217, 337-381.

Keywords: violence, guerrilla, children, Colombia, Tolima, woman, mother.

Fecha de recepción: 28 de febrero de 2021

Fecha de aprobación: 3 de mayo de 2021

Introducción

En este artículo, los lectores podrán acercarse a un encuentro furtivo, un encuentro no buscado e irrepetible, en el que confluyeron varias generaciones de la familia de Rosalba Velásquez, la “Sargento Matacho”, quienes llevaban muchos años sin verse ni tener comunicación alguna.

De la breve, pero intensa reunión realizada en la plaza de Líbano, al medio día de un caluroso 19 de septiembre de 2018, surge otra imagen de la “Sargento Matacho”. Allí encontramos no solo la figura de esa mujer dolida y aguerrida, sino la de una bandolera experimentada e implacable, la de una apasionada amante, la de una madre en la guerra. Esa madre bandolera en la época de la Violencia es la que nos interesa rastrear, porque consideramos que su experiencia de vida fue inédita, al ser madre varias veces, de hijos de padres distintos en los mismísimos años cincuenta, y en el contexto de los orígenes rurales de la guerrilla colombiana. Tiempos donde la regla moral, la invisibilidad de la mujer en el frente armado y la imposibilidad del liderazgo de estas hasta en la propia sociedad civil, una figura como la de la “Sargento Matacho”, la madre bandolera, lo transgrede todo. Esa madre que con el vientre hinchado, anunciando su próximo parto, permaneció en el monte sin abandonar sus funciones como combatiente. Esa madre que es recordada por cargar un fusil en sus

manos y colgarse el crio a la espalda para continuar la lucha. Esa madre que se fue para el monte por amor y de allí nunca volvió a salir, es la que nos llama. Pero también nos interesa resaltar a esas abuelas que cumplieron el rol materno dejado por sus hijas, aceptando el destino que les tocó vivir, haciéndose cargo de sus nietos y muchas veces de nietos ajenos. “Madres de crianza” generosas que culminaron la tarea inconclusa de sus hijas. Se insinúa un sistema de solidaridades y prácticas que acoge a los niños que carecen de protección.

Este escrito fue construido fundamentalmente con base en tres tipos de fuentes: la literatura, tan generosa y abundante que ha sido en Colombia cuando de la Violencia se trata, y en este caso la novela de Alirio Vélez *La Sargento Matacho*, fue punto de partida e inspiración; la tesis de Antropología de Catalina García Acevedo (2012), esa “literatura gris” tan poco consultada que reposa en las universidades y que esconde material empírico, fundamentalmente fruto de experiencias de campo irrepitibles; y, finalmente, el trabajo de campo y las entrevistas antropológicas en terreno, cuya riqueza y versatilidad son irremplazables. Por la naturaleza misma del material recopilado surgen versiones contradictorias, interpretaciones diversas no siempre coherentes, que permiten hacer un relato unívoco.

1. Violencia y barbarie en el Tolima a mediados del siglo XX

Colombia, a lo largo del siglo XX, recogió un sinnúmero de guerras internas y de frontera como nunca en su historia había registrado. Sin embargo, dentro de esta enorme estela de eventos, un periodo en mayúsculas ganaría cada vez más peso en la historiografía nacional: la VIOLENCIA. Para Fals Borda, Umaña Luna y Guzmán Campos (1962) este se ubica entre 1948 y 1958; para Sánchez y Meertens (1983) entre 1945 y 1965; y para otros autores, entre 1947 y 1965. Si bien es cierto los tiempos varían, la única claridad conceptual es que este periodo se

destacó por la confrontación directa entre liberales y conservadores, que ya venía de tiempo atrás según lo menciona Paul Oquist (1987, p. 187), y se acentuó con el magnicidio del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948.

Posteriormente, entre 1948 y 1958, cerca de 300 000 muertes fueron contabilizadas como producto de la Violencia bipartidista (Baehr, 1961, p. 6), la cual no solo incluía la disputa entre rojos (liberales) y azules (conservadores), sino además el despotismo militar contra la supuesta “amenaza comunista”, la formación de las primeras autodefensas campesinas, amnistías recurrentemente incumplidas, operaciones militares de gran escala y el ascenso de líderes bandoleros en todo el territorio nacional.

Sobre estos últimos, Eric Hobsbawm menciona que *bandolero* es aquel hombre o mujer que desde las montañas o poblados organizados en bandas, se encuentra fuera del alcance de la ley y de toda autoridad, y ejerce la violencia armada e “impone su voluntad mediante la extorsión, el robo y otros procedimientos a sus víctimas” (2001, p. 19), siendo sus ejes principales la rebeldía y el desaforado uso de la violencia para la consecución de sus fines. Sin embargo, la situación política nacional del momento, enquistada en dos únicos partidos, sumada al elevado estado de pobreza en el campo, añadirían a estos personajes, según sus acciones, narrativas que navegarían entre el heroísmo local y la justicia social tan reclamada por el campesinado nacional.

Según Sánchez y Merteens, en *Bandoleros, gamonales y campesinos*:

El rasgo distintivo de las actuaciones es su carácter ambivalente: por un lado, las expropiaciones y aun los asesinatos que realizan, configuran situaciones que el Estado y sus agentes, según los valores sociales en vigencia consideran como puramente delictivas, merecedoras por tanto de la sanción de la ley; por otro lado, las comunidades campesinas en cuyo seno operan, consideran aquellas acciones como una legítima reacción a una ofensa, a

una injustificada persecución o a una insostenible situación de crisis social o económica. (1983, p. 17). [Cursivas añadidas].

Detrás de cada bandolero, en últimas, se encuentran las imágenes de campesinos heridos, humillados, pobres, hambrientos, huérfanos, resentidos y llenos de dolor, que se transformaron, como cualquier otra persona, en bandidos orientados hacia la delincuencia, temidos y respetados. No es adrede el hecho de que, por cada muerte de un bandolero, una movilización campesina venía detrás, una romería absoluta se tejía en torno a él, historias maritales fallidas se susurraban, y hasta canciones de tiple y guitarra se componían. ¿A qué otros sujetos a lo largo del siglo XX podían achacárseles estas instalaciones tan profundas en la memoria colectiva popular?

El norte del Tolima, entre otras cosas, recaló como epicentro desde donde surgieron algunos de los más destacados bandoleros de este periodo. Alias como “Sangrenegra”, “Desquite” y “Pedro Brincos” aún retumban en pueblos como Lérica, Venadillo y Líbano. Justamente en este último, un pueblo cafetero ubicado al norte del departamento, cuna de resistencias socialistas desde 1928 como Los Bolcheviques de Líbano, y de los vejámenes más crueles de cuadrillas conservadoras que obligaron al desplazamiento masivo de campesinos hacia zonas más altas, fue donde Rosalba Velásquez, la protagonista de este escrito, nació, creció y murió.

Su figura, representada como la de una mujer comprometida con las luchas campesinas de su época, fue posteriormente asociada regionalmente con la de una justiciera quien tras numerosas pérdidas familiares juró vengar a quienes las habían perpetrado. Esto empataba muy bien con el desolado paisaje libanense que se entreveía en cada intervención militar o subversiva en la región: 100, 200, 1000, 3000 muertos, cifras cada vez mayores, en un territorio al cual desde el mismo Gobierno se le había señalado como “zona bandolera” (Andrade Porras, p. 21).

Como bien menciona Vélez Machado en su obra, señalando los críticos paisajes que a su paso dejaba la violencia bipartidista en Líbano:

Las semanas que quedaban atrás, blanqueando las osamentas esparcidas por los campos al paso de la demoledora violencia, que como un enorme pájaro de inmensas alas negras, salpicadas de sangre, se cernía sobre los cuatro puntos cardinales de la patria... (Vélez, 1964, p. 44). [Cursivas añadidas].

En medio de todo esto, Rosalba nunca dejó de ser una mujer que amaba a sus parejas —civiles o líderes bandoleros—; a su familia —su madre y principalmente a sus hijos—; a su tierra, pues aunque se movía en comisiones por el Tolima, siempre regresaba más fortalecida a Líbano y primordialmente a la vida misma como mujer libre. Mucho antes de que los derechos para las mujeres fueran legalmente clarificados en el país, la “Sargento Matacho” emprendió acciones individuales trasgresoras para la época y el contexto, que desafiaban la tradición, tales como empuñar las armas, liderar cuadrillas armadas, tener más de una pareja y construirse una reputación mucho más allá de la cocina, la asistencia marital o el trabajo del hogar.

2. La mujer en el conflicto armado colombiano

Existen dos lecturas primordialmente centrales en los debates sobre la mujer en torno al conflicto armado colombiano. Una primera lectura nos invita a ubicar a las mujeres como víctimas del conflicto dentro del concepto de “enfoque diferencial”, señalando las principales afectaciones que, debido a su género, la guerra les ha ocasionado en su integridad física y moral. Sobre esta primera lectura cabe directamente subrayar la forma en que otros elementos como el patriarcado y el machismo se han integrado eficazmente a los discursos de la guerra.

Autores como Eduardo Osorio, Erika Ayala y Jesús Urbina nos dicen al respecto:

La mujer ha sido víctima del conflicto armado interno en Colombia, al igual que el resto de la población colombiana, pero las consecuencias de este se han sobredimensionado en razón a su género y a factores de vulnerabilidad asociados al nivel socio económico, el nivel cultural, la etnia, la religión, la discapacidad, la orientación sexual, entre otros (2018, p. 62). [Cursivas añadidas].

Igualmente, Andrade y otros (2017) señalan más puntualmente alrededor de esta primera posición, que la mujer es expuesta a través de la guerra, a una serie de vejámenes inscritos en su ser emocional y físico dada su condición femenina:

La mujer en estos escenarios es victimizada de diversas maneras, y tal como lo afirman Guillerot (2005) y Soto (2014), se convierte en el blanco de acciones terroristas, dada su condición humana, así puede ser utilizada como arma de guerra, reclutada, obligada a servir a otro e incluso a abortar como medida de aseguramiento de su pertenencia a ciertos grupos (p. 295).

Finalmente, el trabajo de Angélica María Rodríguez (2015) construye un apartado dedicado a maternidad y guerra titulado ¿Maternidad en la guerra?, lo cual presupone de entrada una suerte de incógnita experiencial de las mujeres y su posible difícil papel como madres en el conflicto armado. La autora hace aquí hincapié puntualmente en dos aspectos: 1. La imposibilidad de ser madres plenas por la imperiosa necesidad de tiempo y espacio, y 2. La inaceptabilidad de poder ser madre al interior de la guerrilla, por ende, la obligación de deshacerse de sus futuros hijos.

Cuando se está en un mundo de militancia se necesita tiempo y dedicación exclusiva — y por lo tanto “exponer a tus hijos al escenario de las hostilidades es una contravía interna para las mujeres milicianas. Las madres guerrilleras desean dar su vida por la causa, pero no desean que sus hijos estén inmersos en este escenario. (Páez, sd) ¿Desearían un futuro distinto como cualquier otra madre? Esta es la pregunta que puede hacerse desde nuestro análisis, sabiendo de seguro cuál es la respuesta. (...) Y tampoco

en la guerrilla, porque allí la condición de maternidad es inaceptable. (Rodríguez Vásquez, 2015, pp. 78-79).

Una segunda lectura sobre la participación de la mujer en el conflicto armado colombiano propone ir un poco más allá, reconociendo con antonomasia que también son víctimas, y plantea una apropiación de roles también posibles que no se encuentran en conflicto con el de ser mujer, madre y guerrillera.

María Adelaida Barros y Natalia Rojas Mateus, en el artículo “El rol de la mujer en el conflicto armado colombiano”, señalan la importancia de que la mujer pase a ocupar nuevos espacios dentro de la línea militar y política en el seno guerrillero, que son interesantes de destacar dentro del universo patriarcal nacional. Las autoras destacan, una vez más, la importancia de entender la participación de las mujeres en la guerrilla no desde la exclusividad de víctimas, sino también, de agentes partícipes.

El conflicto armado ha llevado a las mujeres a asumir nuevos roles, dejando su papel de víctima a un lado y pasando a tener una participación más activa en el conflicto, ya sea como miembro activo de enfrentamiento tanto en las filas de las organizaciones al margen de la ley, como combatiente y en la esfera política por una parte.

(...)

Es importante destacar dos aspectos importantes de estos nuevos roles que el conflicto ha llevado a asumir a la mujer. Por un lado, el hecho que la mujer haya asumido estos roles, no le quita su estatus de víctima, la mujer sigue siendo víctima en Colombia. (Barros y Rojas, 2015, p. 5).

Igualmente, el informe del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) *Mujeres y guerra. Víctimas y resistentes en el Caribe colombiano* (2011), contribuye a esta visión con propuestas innovadoras sobre la

participación de las mujeres en la guerra. Una de ellas, expone la variedad de oficios al interior de las organizaciones armadas, más allá de la visión de madres o compañeras afectivas: enfermeras, estafetas, líderes políticas y guerrilleras militares. Esto, en últimas, convive con las funciones maternas, tal como lo representa la historia de la “Sargento Matacho” antes descrita.

Frente a las miradas habituales de una visión dicotómica de roles en el curso de la guerra, que contraponen varones victimarios/mujeres víctimas, este proceso investigativo documenta también eventos concretos de victimización de hombres, y destaca, a la inversa, la condición de las mujeres también en roles de protagonistas de la guerra. En efecto, dentro de las organizaciones armadas, las mujeres desempeñan un abanico de funciones que permanecen en la opacidad del trajín diario: unas de esas funciones son logísticas (enfermeras, cocineras, estafetas), otras son políticas, pero las hay también militares.

(...)

Sintetizando, se puede afirmar que al mundo de los deberes de las mujeres en la vida cotidiana, en el contexto público de la guerra no se le sustituye sino que se le agregan funciones. (CNMH, 2011, pp. 21-22).

Finalmente, la tesis de pregrado en Psicología de Lilly Dayana Caro y Lizeth Yuliana Wilchez, titulada “Rol y participación política de tres mujeres excombatientes de las FARC-EP: Antes y después de la implementación de los acuerdos de paz” (2020), es un valioso insumo producto del trabajo de campo para ubicar varias líneas en las cuales las mujeres participaban al interior de este grupo guerrillero. Primero, destacan un trato igual entre hombres y mujeres frente a los derechos y deberes, cobijados todos por el Estatuto de las FARC. Sin embargo, las mujeres menstrúan y se embarazan, los hombres no, por ende, esta “igualdad” referida no es del todo igualitaria, pues implica reconocer

derechos de las mujeres que gracias a su posición de mando al interior de la guerrilla han venido otorgándose. Lo que queda claro de esta primera acotación es que las mujeres en las FARC son “mujeres guerrilleras”, por tanto, su compromiso está con la organización, no con sus hijos o su familia. Lo verdaderamente revolucionario de todo esto es que en plenos años cincuenta, la “Sargento Matacho” lograba ser madre, mujer y guerrillera, por encima del marcado patriarcalismo de la época e incluso por encima de las estimas contemporáneas en estos temas de la propia guerrilla.

En este orden de ideas, el lugar de la mujer en la estructura normativa de las FARC-EP no tiene una distinción, por lo cual se comprende que tanto sus derechos como deberes son iguales a los de sus compañeros, no existe discriminación o excepción, tanto las mujeres como los hombres reciben una formación política-militar y se acogen al estatuto Fariano. Si bien dentro de los estatutos no se establece explícitamente una sanción para la concepción y el estado de embarazo, se tiene presente que su desarrollo dentro de la estructura militar implica un riesgo a la seguridad de los combatientes, por lo cual en estos casos puntuales y de acuerdo a las condiciones del embarazo la interrupción es permitida, aunque puede también darse el escenario donde se le permite a la combatiente retirarse de las filas para criar a su bebé. Sin embargo, el compromiso de la mujer Fariana es regresar, dado que se comprende a la Mujer como una guerrillera y se relega la noción de mujer desde una maternidad (Caro y Wilches, 2020, pp. 29-30).

Una segunda línea viene a ser el desarrollo cronológico de la presencia plena de mujeres en la guerra, por lo menos en los casos a los que a guerrillas latinoamericanas se refiere. Aquí, las autoras se apoyan en una investigación tesística de Rosa María Caicedo (2018), titulada “Mujeres Farianas: Orden institucional y relaciones de género (1998-2016)”, y citan tres momentos en los que, según Caicedo, la mujer fue asumiendo roles al interior de las FARC: de 1964 a 1982, cuando pasan de acompañantes a combatientes con la descentralización del cuidado

familiar de sus funciones; de 1982 a 1998, en que hay un incremento, visibilización y diversificación de sus oficios, en gran medida por la formación educativa en guerrillas como el M-19 y otras; y de 1998 a 2016, periodo en que se da una autocrítica de las mujeres a partir de las negociaciones de paz, lo cual permite reconstruir en gran parte la historia de las mujeres al interior de las FARC, mucho más allá de la configuración como víctimas, y evidenciar que esta nunca ha sido la misma para todas, empezando por las diferencias de ingreso, participación y época.

Para ubicar la participación y el rol de las mujeres farianas es importante realizar un recuento histórico que permita datar el surgimiento de dicha agencia y funcionalidad dentro de la organización armada, comprendiéndose que esta se ha transformado a lo largo de la consolidación de la estructura insurgente. (Caro y Wilches, 2020, p. 34).

Para finalizar, la identificación de roles de las mujeres dentro de la guerrilla, por parte de los insurgentes, depende en gran medida, según lo señalan las autoras, de la inscripción de estos hombres —aun en las toldas revolucionarias—, a patrones heredados de la propia sociedad civil colombiana, machista y patriarcal. Así, por ejemplo, las mujeres eran llevadas siempre al asistencialismo, la enfermería o la cocina, además de inscritas en el cuidado maternal, prácticas que reflejaban nuestros imaginarios colectivos, sean en la casa como miembros de familia o en el monte como guerrilleros.

Es de vital importancia aclarar que la asignación de estos roles también estaba bajo la elección de los combatientes los cuales podían decidir libremente en cuál de estos deseaban especializarse. Frente a ello se evidenciaba que el rol combativo tenía una alta preferencia por el género masculino, mientras que en las labores de cuidado y asistencia las mujeres demostraban mayor participación; esta clara distinción estaba a su vez mediada por la comprensión del rol que particularmente asumían los miembros de la organización armada, quienes aún en su actuar consideraban que las labores

asistenciales correspondían a las mujeres, esto demuestra que prevalecen los imaginarios de género constituidos socialmente, donde se delega la labor de cuidado a la mujer por carácter maternal, por lo cual la incidencia de las mujeres farianas en el espacio asistencial de enfermería, medicina, odontología y en las labores operativas de la vida cotidiana en la guerrillera era más evidente. (Caicedo, citado en Caro y Wilches, 2020, p. 46).

3. La mujer detrás del fusil: ¿Quién fue la “Sargento Matacho”?

A partir de un rastreo investigativo que surgió a raíz de la consulta bibliográfica en el marco del proyecto “Recuerdos de infancia de antiguos niños guerrilleros”, llegamos a la novela de Alirio Vélez Machado *La Sargento Matacho*, pilar de este trabajo. De allí derivó la película homónima de William González, y en medio de los contactos logrados tuvimos la fortuna de encontrarnos con la familia de la Rosalba Velásquez, la mismísima “Sargento Matacho”, la cual en medio de conversaciones de diversa índole nos permitió seguir el rastro de su historia en tierras tolimenses.

La lectura de la novela fue la actividad en que nos sumergimos los días anteriores a nuestra visita a Líbano, siguiendo la imagen que nos dejó Vélez Machado: Rosalba Velásquez, campesina nacida el 10 de septiembre de 1933 en un rancho de techo de paja y piso de tierra pisada, ubicado en la finca El Palmar, en Tierradentro, una vereda apartada del municipio.

Un año sucedió al otro y Rosalba se convirtió en escolar. En la escuelita de Tierradentro, la niña Rosalba aprendió a leer y a escribir, también a sumar y restar, y a repetir el Padre Nuestro y el Ave María, como todos los niños campesinos del Tolima de la época. Allí, la consideraban una estudiante aventajada, a quien le gustaba la poesía, los discursos y el canto. Un día, después de un leve altercado con su maestra, abandonó la escuela a donde no volvió jamás. El texto de Vélez Machado nos describe la vida de esta joven campesina y por él sabemos que, en medio

de la realización de los quehaceres domésticos, el cuidado de la parcela, la crianza de algunos cerdos y gallinas, discurrieron sus días de infancia y juventud. Un buen día, se enamoró de un muchacho que llegó a la finca en busca de trabajo y otro buen día, al filo de la media noche, huyó sigilosamente con él: Rafael Ruiz. Rosalba tenía tan solo 17 años. A los pocos días, el 21 de noviembre de 1950, contrajeron matrimonio católico en Líbano y se radicaron en la finca La Aguadita, donde los problemas económicos y conyugales se dieron en abundancia.

Los tiempos cambiaban y la situación política se enrarecía. La Violencia se acercaba y los cadáveres empezaban a aparecer a orillas de la carretera, de donde surgían rústicas cruces señalando el paso de la muerte. Por los ríos bajaban cuerpos que servían de manjar a las aves carroñeras. Las montañas ocultaban la presencia del crimen, el llanto de las madres y el eco de los fusiles. En las fondas de los pueblos, los hombres, humildes campesinos, en silencio se entregaban a profundas meditaciones alimentadas por el alcohol. Sin embargo, para la joven Rosalba, los maltratos se acumularon y la paciencia se le había agotado, situación que la llevó a buscar los brazos de otro hombre.

La novela de Vélez Machado, así lo narra:

Una noche, próxima a ser madre y desilusionada por la vida conyugal que llevaba, resolvió entrar a la casa donde se efectuaba un convite. Allí estaba Hernando Rodríguez, amigo de infancia. *Esta se entrega desafortadamente a la bebida y se abandona en brazos de su amigo que descaradamente la ciñe, la acaricia y la requiebra*” (Vélez, 1964, p. 40). [Cursivas añadidas].

Ante los intentos del esposo de castigarla a golpes de peinilla, Rosalba se resistió, lo insultó y prometió nunca más en la vida volver a su lado. Ella y Hernando se declararon el amor y entre los dos planearon cómo vivir juntos. Rosalba volvió a la casa de su madre sin mayores explicaciones. Al poco tiempo, en Líbano, nació su primera hija, Olga.

El camino al hospital le permitió a la joven madre ser testigo de la violencia que se asentaba en la región: gente agonizando, herida por balas, barrida por la policía.

Rosalba y Hernando buscan un porvenir, tratan de encontrar la esquiua felicidad y la posibilidad de construir una familia. Pasaron varios meses y la joven pareja convivió feliz, en medio de la montaña, en una casa arrendada y trabajando día a día. Una noche, Hernando decidió andar entre sombras por una promesa de trabajo. A pesar de haber encontrado amigos por el camino que le advirtieron de los tiempos difíciles y lo riesgoso de moverse en la noche hacia la zona a donde él se dirigía, prosiguió su marcha. Nada lo hizo cambiar de parecer y continuó.

Y por el solitario camino que conduce al “Chircal” afanosamente se escurrió el muy confiado hombre ya cuando las sombras empezaban a desdibujar los techos de los ranchos campesinos. Por entre los rastrojos, las siluetas de la gendarmería acechaban erizadas de pasión sectaria y hondo rencor anti-cristiano (Vélez, 1964, p. 50). [Cursivas añadidas].

Hernando encontró su muerte luego de una intensa discusión con los policías. En vano trató de defenderse ante la acusación de chusmero. Murió a causa de un disparo certero, y luego fue enterrado a menos de un metro de la superficie. En la madrugada, su cuerpo fue encontrado por un grupo de campesinos que lo desenterraron e intentaron darle cristiana sepultura, colocando una cruz en el sitio donde depositaron sus despojos. Rosalba, que en ese momento se encontraba en Armero, entró en ataque de nervios como presintiendo lo sucedido. Volvió en la mañana siguiente a su casa. Al no encontrar a Hernando, comenzó a buscarlo afanosamente, hasta que un vecino le contó lo sucedido y le indicó el lugar donde reposaba el cadáver. Rosalba corrió entre las montañas y encontró la tumba; la escarbó y cuando sus dedos tocaron el cuerpo exclamó:

¡Hasta aquí fui buena! ¡Hernando! ¡Hernando mío! ¡Yo te vengaré y tu recuerdo irá conmigo! ¡Te llevaré en mi alma, en mi corazón, y de mis ojos no te apartarás nunca! ¡Así, desfigurado, pavorosamente desfigurado, te llevaré en mi mente hasta el día de mi muerte como testimonio mudo de mil y mil muertes más! ¡Seré corrompida como una pantera y hare justicia con mis propias garras! ¡Iré palmo a palmo pregonando venganza por todas las atrocidades cometidas por este bárbaro escuadrón de criminales al servicio de los promotores de las depravadas consignas de exterminio liberal a “sangre y fuego!” (Vélez, 1964, p. 66). [Cursivas añadidas].

En su tesis de pregrado en Antropología, Catalina García relata los sucesos inmediatos a este trágico suceso:

Corría el año de 1951 y Rosalba, llena de rencor, regresó a su casa materna y buscó venganza. Agarró un machete y salió en busca de un vecino, lo encontró, y este al notar las intenciones de Rosalba huye. *Cuando lo alcanzó, se le abalanzó con el machete, acabando así con la vida del campesino. Así fue su primer crimen, presa de la rabia, la sed de venganza que desembocó en locura y la convirtió en homicida.* (García Acevedo, 2012, p. 82). [Cursivas añadidas].

Rosalba, en un estado de trance y delirio, comenzó a vagar por las montañas. Allí, una patrulla del Ejército la sorprendió y la condujo al cuartel. “Por fin cayó esta chusmera”, cuentan que dijo un cabo. El sargento que lo acompañaba, fijándose en su belleza, la manda encerrar en su cuarto. Rosalba intenta escapar, pero sabe que con tantos hombres es imposible. Aguarda la noche y a que el sargento beba el aguardiente que ha pedido. Aprovechando su estado de inconciencia, después de fingirle su amor toma un machete y lo asesina dándole un golpe mortal en el cuello. Se pierde entonces sigilosamente con una carabina San Cristóbal en el tupido follaje de la cordillera Central.

Rosalba, medio desnuda, corrió por el campo. Miembros del Ejército, que ya habían descubierto el cadáver del sargento, la persiguieron hasta la casa de una anciana que la había apoyado y le prendieron fuego, pero Rosalba logró escapar nuevamente. Buscando remontar la serranía y ganar las márgenes del río Recio, fue sorprendida por dos guerrilleros que la encañonaron y luego la condujeron hasta el comando guerrillero de Pantanillo, donde además de ser sometida a interrogatorio y estricta vigilancia encuentra caras conocidas de la región. Allí, recibe entrenamiento militar. Se le recrimina su conducta y se le advierte que si quiere ser guerrillera debe cumplir el reglamento establecido.

Es aquí donde Rosalba conoce al emblemático comandante “Richar”, cuyo nombre real era Luis Alfonso Castañeda, quien junto con Isauro Yosa, “Mayor Lister”, se hizo cargo de la guerrilla de los Comunes, en 1951. Este dirigente se estableció en Las Herosas, donde Rosalba, como su compañera, lo apoyó en la organización de la resistencia ante el terror desatado por los Chulavitas contra los liberales. Un día, al salir de las marañas del monte de Pampillas, Rosalba cae a una charca de donde es rescatada; salió toda embadurnada de pestilente barro, hecha un matachín, lo cual dio origen al célebre remoquete de MATACHO.

Desde los primeros enfrentamientos se destacó en su actuación, mereciéndole el grado de sargento y su asignación como guardaespaldas de “Richar”. Cumpliendo esta función, marcha hacia los destacamentos guerrilleros de La Marina, Chicalá, Irco y Cambrín, recorrido en el cual enfrentaron con valentía el asedio permanente de la policía. “Siempre fue de un carácter avisado, terco, indomable pero generoso. No acostumbraba llorar, su temple hacía que fuera de personalidad fuerte, capaz de enfrentar cualquier dificultad” (García Acevedo, 2012, p. 79).

Al subir el general Rojas Pinilla al poder en 1953, época en la que el país se debatía en una de las más terribles confrontaciones que registrara la historia nacional, el Gobierno ofreció amnistía a todos los grupos

alzados en armas. El comandante “Richar”, después de analizar el ofrecimiento, reunió a su comando y les planteó la posibilidad de acogerse al llamado gubernamental. Unos manifestaron su acuerdo; otros, entre los cuales estaba Rosalba, declararon su total rechazo. Sin embargo, el comandante resolvió realizar la entrega por partes. En la plaza de Villarrica, en 1953, “Avenegra”, importante dirigente guerrillero de los años cincuenta, quien tenía a su cargo las tropas ubicadas en el municipio de Natagaima (sur del Tolima), y consagrado defensor del ala comunista de la guerrilla, encabezó la entrega. Lo acompañaban “Timochenco”¹ y “Melco Restrepo”, del llamado Estado Mayor Comunista, y con ellos se encontraba Rosalba. En el mismo acto, el coronel Mutis, ante quien se realizaba la entrega, manifestó que la “Mona Ofelia”, como también era conocida Rosalba, no sería amnistiada porque sobre ella pesaban graves cargos y en una distante colonia penal la estaban esperando. Rosalba y otros hombres lograron escabullirse y huir hacia el monte. Como en otras ocasiones, Rosalba volvió al refugio habitual, la casa materna que siempre la acogió, y donde dio a luz a Jorge, el hijo del comandante “Richar”. En 1957, el asesinato en La Sierra, una vereda adscrita al municipio de Lérida (Tolima), de Adriano Pérez, el padre de Rosalba, y a quien ella recordaba con gran cariño, provocó de nuevo su indignación y, sin pensarlo mucho, dejó a sus hijos al cuidado de su madre y decidió internarse en la montaña y tomar una vez más las armas. Una vez allí, y guiada por su profundo dolor, Rosalba empezó una nueva etapa de aprendizaje guerrillero al lado de las denominadas “cuadrillas liberales”, las cuales surgieron como respuesta a los Pájaros del Norte del Valle y su expansión en zonas del Tolima y Quindío. Estas cuadrillas en su gran mayoría estaban conformadas por los denominados “hijos de la violencia del cincuenta”, muchachos cargados de resentimiento por la

1 “Este Timochenco fue un bandolero adscrito al Comando general guerrillero entre los años 50 y 60. *Uno de los personajes más destacados y conocedores de la estrategia militar era el comandante “Líster” quien llegó a convertirse en el comandante mayor del “Comando General Guerrillero”, después de un acuerdo entre alias “Ave Negra”, “Timochenco” y Melco Restrepo.* (Prado, 2009, p. 45). [Cursivas añadidas].

pérdida de sus seres queridos, que habían alcanzado un grado alto de deshumanización frente el prójimo.

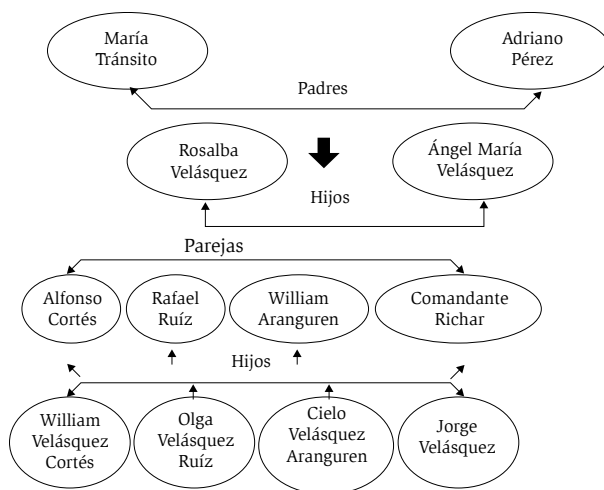
Hacia 1957-60, entrecruzándose con esta última fase se desarrolló un tipo de “bandolerismo” con ánimo de lucro, que reflejaba en su accionar los traumas psicológicos, sociales y familiares sufridos por los “hijos de la violencia del cincuenta”; sus actuaciones caracterizadas por una marcada sevicia y atrocidad, reflejan una patología social en donde predomina el desprecio a lo establecido, al orden, una especie de “lumpen. (Betancourt Echeverry, p. 58).

En estas montañas fue atrapada por la policía y remitida al Panóptico de Ibagué, donde permaneció largos 17 meses, tiempo durante el cual fue también asesinado su hermano Narciso. Al cumplir la condena, Rosalba regresó al hogar con su madre y sus dos hijos, y durante un tiempo llevó una vida sosegada al lado de Alfonso Cortés, un joven amigo de la región. Fruto de esta unión nació su tercer hijo, William Velásquez, gestor de este encuentro.

En el año 1959, la prensa da la noticia de la evasión de la prisión de William Aranguren, a quien Rosalba había conocido en Ibagué. “Desquite”, alias con el que era conocido este emblemático guerrillero, se había destacado como un hombre valeroso, rebelde e inconforme, capitaneando gente en armas como consecuencia de los atropellos a que fueron sometidos miembros de su familia, y el vil asesinato de su abuelo en Rovira. No demoró Rosalba en averiguar su paradero; una vez más, dejó a sus hijos al cuidado de su madre, lo buscó, le confesó su admiración y sus intenciones de permanecer a su lado. “Desquite”, conmovido e impresionado por el carácter de la mujer, aceptó su compañía y su colaboración. Eran épocas difíciles, él era prófugo, y tener una mujer como Rosalba a su lado le daba seguridad y lo alentaba en la lucha.

En 1964 Rosalba Velásquez, la aguerrida “Sargento Matacho”, la emblemática guerrillera de Líbano, encontró la muerte en las montañas del Tolima, combatiendo al lado de “Desquite”. *“El amor y la guerra sellaron la vida de esta mujer que como muchas otras motivadas por la venganza no pudieron encontrar el camino de una libertad que siempre les fue esquivada”* (Marulanda, 1995, p. 491). [Cursivas añadidas].

Figura 1. Árbol genealógico de la “Sargento Matacho”, Rosalba Velásquez.



Fuente: Óscar Cardozo.

4. Más allá de la “Matacho” de Vélez Machado

Aunque la novela de Alirio Vélez es pilar central de esta investigación, no es el único insumo con el cual nos encontramos. Catalina García Acevedo, una joven antropóloga egresada del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia, hizo parte de un grupo de tesis que se iniciaron en el trabajo como etnógrafos en el Tolima, recogiendo historias y conviviendo con la gente de la región. Partiendo de la premisa de que el amor a la política, el amor a un hombre o a una

mujer y el amor a la familia son afectos análogos que se instauran en lo más profundo y vital de un ser: su sangre, ella logró realizar un trabajo de grado que explora “el paso de la violencia política por el norte del departamento y su relación con el amor” (García Acevedo, 2012, p. 4). En este escenario, en medio de los múltiples relatos de la violencia política de la región, los recuerdos contados sobre Rosalba no podían estar ausentes:

Creció como una campesina, hija de un administrador de fincas, quien le dio una vida cómoda en su niñez. Estuvo acostumbrada al mando de gente y a las labores del campo desde muy joven. Tenía toda la técnica en sus manos: sabía sembrar, cuidar ganado, pero sobre todo sabía cómo ser líder y jefe entre los trabajadores. Siempre fue de un carácter avisado, terco, indomable pero generoso. No acostumbraba llorar, su temple hacía que fuera de personalidad fuerte, capaz de enfrentar cualquier dificultad. (García Acevedo, 2012, p. 79).

Ella nos cuenta que el capitán “Desquite” y la “Sargento Matacho” partieron hacia la zona alta de Líbano, en límites con Murillo, con sus dos hijos, y allí al poco tiempo nació su última hija, a quien bautizaron con el nombre de Cielo. Vivía en un sitio al que llaman La Bella, al sur de Murillo, a donde un día llegaron soldados del Batallón Colombia y organizaron una emboscada para atraparla viva o muerta.

El nombre de Rosalba recorría la región. Era una bandolera reconocida y por ella se ofrecían jugosas recompensas. Ella se refugiaba en su casa, con la pequeña Cielo, de algunas semanas de nacida, y un reducido grupo de campesinos armados que la escoltaban.

En el momento en que se inició el ataque contra la vivienda, sus compañeros se enfrentaron a la tropa. Rosalba se levantó de la cama donde estaba guardando reposo, tomó a Cielo, la terció en su espalda usando

un trapo y salió a combatir. Rosalba dio muerte a varios soldados, pero la posibilidad de sobrevivir era nula.

Según la narración de Catalina García:

Rosalba estaba toda *torrada*; tenía fuerzas impresionantes y resistió mucho. La única manera en que pudieron darle muerte fue propinándole un tiro por la espalda. Un soldado, un *negro pastuso*, enfurecido por el extenso combate, decidió acercarse a la casa, escurrirse por entre los matorrales y llegar al patio principal, desde donde Rosalba realizaba los tiros escondiéndose detrás de las gruesas columnas de madera y buscando la manera de escapar. El soldado se acercó sin que ella se percatara, se puso detrás y le dijo: “Esta no nos la va a ganar, ya llegó su hora”). Antes de que Rosalba girara su cuerpo para ver quién le hablaba, él disparó de tal manera que destrozó la mitad de su rostro. Ella cayó boca abajo; los disparos cesaron y el soldado salió a proclamar la muerte de Rosalba. (García Acevedo, 2012, p. 86).

La suerte de la pequeña es incierta. Unos dicen que, en el momento de la muerte de Rosalba, no recibió daño alguno, que fue apartada del cuerpo de su madre y entregada a una entidad de beneficencia. Otras versiones aseguran que la niña murió al lado de su madre.

El cadáver de la bandolera fue recogido por un helicóptero y trasladado a Líbano. Sin embargo, las autoridades temerosas de que “Desquite” tratara de recuperarlo, decidieron llevarlo a Murillo, donde algunos lugareños recuerdan detalles de cómo fue sepultada.

Doña Margarita vio como que llegaba un helicóptero lleno de tropas al cementerio de Murillo. Allí aterrizó. El Ejército inundó el lugar y del helicóptero fue arrojado el cuerpo de una mujer. No había camillas, mucho menos ataúdes. Era el cadáver de Rosalba Velázquez el que caía sin mayor cuidado sobre el piso. Doña Margarita recuerda ver el cuerpo delgado y esbelto de

la mujer; se acercó, pero el rostro estaba irreconocible. El disparo que le provocó la muerte lo había destruido por completo. (...) El pantalón dejaba descubierto un lunar grande, en la pantorrilla derecha. Ese lunar fue el que permitió que la madre de Rosalba la reconociera justo allí en el Cementerio. La madre observó a su hija muerta, le tocó las piernas y observando el lunar, se abalanzó sobre el cuerpo y derramó su llanto. (García Acevedo, 2012, p. 87). [Cursivas añadidas].

Figura 2. Fotografía de Rosalba Velásquez y su hija Cielo. Regalo que hicieron a William. Líbano, septiembre 2018.



Fuente: registro tomado por Ximena Pachón.

Catalina continúa narrando cómo los soldados abrieron un hoyo y la enterraron: sin flores, sin cajón y sin nada más que una cruz sin nombre que señalaba que allí reposaba un difunto. El pueblo estaba conmovido ante lo sucedido, las historias de Rosalba y “Desquite” pasaban de boca en boca, y el miedo por la arremetida violenta del bandolero en busca de su compañera se apoderó de todos.

El texto de Catalina finaliza mostrando el regreso de “Desquite” con una numerosa cuadrilla:

No encontró Ejercitó ni mayor dificultad para desenterrar el cuerpo de Rosalba. Lo sacó de la tierra y se lo llevó consigo para darle un entierro digno entre las montañas del norte del Tolima. No se sabe con exactitud dónde quedó la tumba. El cuerpo se perdió para siempre. (García Acevedo, 2012, p. 88). [Cursivas añadidas].

Para los lugareños con los que Catalina conversó, “Desquite” era casi un héroe, alguien que se tomaba la tarea de pronunciar discursos, denunciar injusticias y excesos cometidos por el Gobierno y pedir solidaridad. La vida dura proporcionada por la guerra se encargó de degradarlo, hacerlo cruel y mal visto por los habitantes de los pueblos por donde transitaba. Ella escribió cómo “Desquite” y la “Sargento Matacho” fueron protagonistas de titulares de noticias donde se denunciaban actos de sevicia, y sus vidas fueron asociadas a la muerte y el sufrimiento de otros. Sin embargo, el recuerdo plasmado en las palabras de la gente del norte del Tolima permite leer “cierta nobleza, amabilidad y compasión en sus actos”. “Desquite” fue el bandolero que surgió de la tragedia que corrompió una vida promisoriosa; fue el joven de hermosa apariencia, carismático y querido por la gente, que murió por la degradación de la guerra. La “Sargento Matacho” fue su perfecta pareja; una mujer de belleza incomparable, de carácter fuerte e indomable. Sus trágicas muertes, al ser contadas, producen una sensación de lamento y pesar, nos dice Catalina.

5. El niño a la espera de su madre combatiente: William Velásquez

William Velásquez es el tercer hijo de Rosalba, la “Sargento Matacho”. Hoy día es un hombre mayor de 62 años. Uno más de los cientos de niños que padecieron la violencia entre liberales y conservadores a mediados del siglo pasado. Nació en medio de balas y tonadas de rancheras que tanto le gustaban a su madre. Tuvo como hermanos a hijos de guerrilleros: Jorge, el hijo del comandante “Richar”, asesinado por los paramilitares hace unos pocos años; Cielito, la hija de “Desquite”, el emblemático y temible bandolero de los años sesenta que operaba en la zona norte del departamento del Tolima; y la *cuba* que la madre llevaba cargada cuando la mataron y sobre la que no está claro si murió o se salvó y fue entregada a instituciones de beneficencia. Estas son sus palabras:

Yo nací en el año 1957. Mi papá es Alfonso Cortés, de acá de la vereda de Tierradentro. Mi papá vivió también esa violencia con mis bisabuelos paternos y mis tíos. Y no es mentira, esos huecos que mis abuelos hacían para esconder a la familia de noche, porque llegaban a matarlos. Rosalba, mi mamá, muere en 1964. A ella la mataron en la vereda La Frijolera, que queda por el lado del Páramo, de Murillo (Tolima), hacia el lado de la licorera. Nosotros los hermanos, Olga y Jorge, vivimos de separación en separación debido a que la violencia cada nada nos tenía arrinconados. Después de 49 años vengo a reencontrarme con lo que quedó de mi familia materna. (W. Velásquez, entrevista personal, septiembre 2018).

En la conversación que tuvimos con William, las memorias sobre su madre aparecían como imágenes difusas entre lo que llegaba a recordar de cuando era muy pequeño, lo que había recogido a través de relatos que otros contaban y la lectura del texto de Alirio Vélez. Sin embargo, algo quedaba muy claro en su memoria: Rosalba era su madre, antes que la bandolera. Y aquí, los afectos como niño de la guerra salen a

flote: los de un hijo que recuerda a su madre cuando aparecía entre cantos, canastos con frutas y el inconfundible olor a pólvora.

De mi madre no me quedan sino los recuerdos... Yo estaba muy pequeño. Me acuerdo que mi mamá pasaba y me dejaba frutas. Siempre iba acompañada del grupo guerrillero. De hecho, cuando iba para la finca de mi abuelita Tránsito, la alcanzaba a ver, pues ahí cerquita estaba la finca de mis abuelos paternos. Cuando ella llegaba, llegaba cantando, le gustaba cantar y tocar. (W. Velásquez, entrevista personal, septiembre 2018).

Figura 3. William Velásquez, hijo de Rosalba (izquierda); Miriam Velásquez, sobrina de Rosalba (derecha). Al centro, último cuadro familiar con la abuela María Tránsito.



Fuente: registro tomado por Óscar Cardozo.

La figura de la madre perdida, la madre añorada, la Rosalba de idas y venidas que se escabullía en el monte, era central en el relato de William. Esta importancia de la madre era disputada por otra mujer que se inmiscuía y robaba sus memorias y sentimientos: la abuela, la abuela María Tránsito, personaje fundamental en la novela de Alirio Vélez, en el relato de William y en las narraciones de los otros familiares con quienes conversamos.

Las palabras agolpadas y dispersas de William eran difíciles de seguir: el peso de la violencia que vivió en su infancia lo acompaña hasta el día de hoy, así como la ausencia de la madre añorada y la espera interminable de su llegada y sus cantos; los señalamientos por ser hijo de Rosalba y tener hermanos hijos de guerrilleros conocidos, temidos y buscados en la región; y el asesinato de un hermano después de haber sufrido toda la vida el rechazo del pueblo por ser hijo de su madre, son algunos de los aspectos que nos quedan de su relato, de sus recuerdos de un universo de violencias que le tocó vivir. Sin embargo, fue su infancia, entre los 7 y los 15 años, la época más dolorosa, pues no comprendía la razón de la ausencia de su madre, ni el constante rechazo por ser su hijo. Luego vinieron las mudanzas, impostergables y permanentes, entre barrios de Bogotá escabulléndose de los opositores.

Yo tuve un proceso de doble violencia. De niño sufría el ser hijo de mi madre. Aquí en Rovira, en el Líbano y a donde iba me decían: “Usted es hijo de matones”. Sufría mucho esa otra violencia, sumada a la que pasaba en el contexto. Aun así, mi infancia fue un poquito más agradable que la de mis dos hermanos, Jorge y Olga. Yo llegué a la familia de mi papá, unas personas muy pacíficas, sin problemas, no eran toma tragos, eran responsables con su trabajo. Ahí me crie y me siento correspondido con esa familia. Mis hermanos nunca pudieron vivir tranquilos. De hecho, yo tengo un hermano que me lo mataron los paracos, a Jorge, aquí en Lérica, hace unos 12 años. (W. Velásquez, entrevista personal, septiembre 2018).

William suspende su relato y antes de desplazarnos hacia Líbano, nos invitó a conocer a su padre, Alfonso, el tercer compañero de Rosalba.

6. Afectividades en la guerra: Alfonso Cortés, excompañero de la “Sargento Matacho”

Yo nací el 28 de julio de 1935. Desde que mataron a Gaitán empezó todo este cuento de la violencia. Era la violencia entre liberales y conservadores. Por cualquier cosita lo mataban a uno... Yo estaba tan pequeñito, tenía por ahí ocho años y aún me acuerdo de todo. Para uno no era raro que le contaran: mataron a tal, mataron a otro. No era para nada raro... La época más dura fue cuando llegó Laureano Gómez. ¡¡¡Cuando llegó él, salí corriendo en cuatro patas!!! (A. Cortés, entrevista personal, septiembre 2018).

Figura 4. Alfonso Cortés, leyendo la novela de su antiguo amor: *La Sargento Matacho*.



Fuente: registro tomado por Óscar Cardozo.

Si la vida de William estuvo marcada por la violencia, la de Alfonso, su padre, no se queda atrás. Sus recuerdos se ubican en medio de los hechos de violencia que se vivieron en la región. Los acosos y hostigamientos por parte de la policía y el ejército, por el solo hecho de haber sido liberal, no los puede borrar de su memoria. El nombre de Rosalba vuelve permanentemente a la conversación. No es difícil para Alfonso recordarla. Su nombre brota de sus labios con facilidad.

Rosalba, muy jovencita, quedó sola y se fue a buscar a la mamá por allá en un sitio que quedaba cerca del Puente del Sosiego, cerca de Tierradentro. Por allá duró un tiempo. Ella sentía que la estaban persiguiendo. Se voló de su casa en ese tiempo, era mayor que yo, un poquito. Ella nunca tuvo otras alternativas. Recién se metió con ese señor allá en esa vereda, se lo matan... Ahí fue cuando se metió a la guerrilla, después de matar a mucho conservador... Ella se unió a la guerrilla de “Pedro Brincos”, ya entonces estaba cargando su primera hija. (A. Cortés, entrevista personal, septiembre 2018).

“Pedro Brincos” fue el nombre adoptado por un conocido odontólogo de Líbano, cuando, después del asesinato de sus padres, decidió tomar las armas con la cuadrilla de Agustín Bonilla, alias “el Diablo”, y más tarde conformó con sus hermanos y varios amigos su propio grupo de inspiración comunista que azoló a las comunidades conservadoras de la región. Andaba acompañado de Graciela Quintero, una mujer de tez morena, con cierto grado de estudio y ampliamente social, conocida también como “la Aviadora”.

Alfonso, cuenta que tal vez lo que más recuerda de ella, la “Sargento Matacho”, antes que se fuera para la guerra, era su alegría, sus canciones y su gusto por la música. Nos narra cómo gozaba cantar una canción que a él personalmente nunca le agradó: *Mi destino fue querida*, de la mítica cantante mexicana Guillermina Jiménez Chabolla, conocida como “Flor Silvestre”. Y como si aquella canción tuviese una premonición, la vida de Rosalba cargó con una sentencia ineludible:

“Que destino fatal me persigue y me guía y encamina mi senda a donde halle el dolor”.

Mucho tiempo pasó Alfonso sin saber nada de ella, perdida en la guerrilla de “Pedro Brincos”, con un *guipa* a cuestras y un fusil al hombro, hasta que un día apareció: llevaba cachucha y vestía ropa de hombre tratando de parecerlo. Había llegado a ver a Alfonso, nos cuenta el eterno enamorado de la guerrillera con voz entrecortada.

La primera vez que vino no traía nada; la segunda, ya llegó con un hijo de “Desquite”. Para mi hijo, William, yo viví todo el tiempo con ella hasta que nació el chino. Yo le ayudé a irse p’ a la finca de un hermano de ella. Yo la llevé un sábado, me acuerdo... ¡Me vine p’ a Tierradentro y nunca más! Yo me vine con el niño. Ella estaba también pendiente de él. Cuando empezó a caminar vino a verlo. Algunas veces más volví a verla, no para cosas malas, sino para cosas buenas. (A. Cortés, entrevista personal, septiembre 2018).

Finalizando nuestro encuentro, Alfonso piensa... hace memoria... Desentierra el viejo cajón de los recuerdos, rememora hechos, reflexiona, mientras hace referencia a la poca presencia de mujeres en la guerrilla, razón que para él explica por qué la figura de la “Sargento Matacho” tuvo tanto impacto a nivel regional.

Rosalba, sin embargo, no fue la única. Edilma López, “Aguilita”, compañera sentimental de “Sangrenegra”, fue otra mujer en armas cegada por el amor. Su dura historia incluye un embarazo del mismísimo “Sangrenegra”, y es relatada por el periodista Víctor Prado, uno de los cronistas más importantes del Tolima, en su libro *Bandoleros: historias no contadas*.

Era bonita. Su cabello le descolgaba de la cabeza con mucha elegancia, pero hasta eso logró el miserable. Hacerla parecer uno de ellos. Se cortó el pelo y empezó a vestir camuflado tal como los otros bandidos. Nació en Venadillo y trabajó como mucama en fincas aledañas. No sabía leer ni escribir y llegó a enamorarse de Sangrenegra luego de que él la secuestrara y la condujera a una de sus caletas. (Prado, 2009, p. 52). [Cursivas añadidas].

Ambos casos son distintos al de los niños en la guerra, los cuales, por el contrario, según Alfonso, abundaban en estas organizaciones. Menciona a Joaquín González, alias “Capitán Centella”, un jovencito temible que le apodaban “Centella” por su rapidez para cargar y descargar un revolver con una sola mano, y quien al poco tiempo de haberse integrado a las FARC fue comandante, con un gran respaldo social, pues la gente lo quería tanto o más que al mismo “Pedro Brincos”.

No se sabe de una sola masacre de campesinos del tipo de las citadas anteriormente en que haya tomado parte “Pedro Brincos”, así fuera el más perseguido de ellos y a pesar de que a la lista de miembros de su familia asesinados se agregaba desde diciembre de 1960 un nuevo nombre, Joaquín González (alias “Capitán Centella”), cuya muerte causó indignación en el corregimiento de Santa Teresa “contra la oligarquía liberal y contra los godos. (Sánchez y Meertens, 1983, p. 97).

Alfonso es un hombre duro. A sus 84 años, sus registros de niñez y juventud son bastante difusos. Él ya padeció muchos rigores de la guerra. A modo de cierre, continúa con sus meditaciones, en este caso una no pedida sobre eso que aún lleva en su corazón: la violencia y lo amado, lo que se ha perdido, pero también lo mucho que se ha ganado.

Ser guerrillero a uno le nace del corazón, ser o no ser, le gusta o no le gusta. A Rosalba le gustó y yo la respetaba. Las únicas fotos de ella, mi mujer actual me las quemó. No la juzgo. P’ a que volver a aquellos tiempos. La última vez que vi a Rosalba le llevé el chino al Líbano cuando tenía dos meses. Fui yo a verla porque cómo más se podía. Esa última vez no tiene algún otro tipo de comparación. Era ver a la Rosalba más humana posible, la madre. (A. Cortés, entrevista personal, septiembre 2018).

Mientras conversábamos con su padre, William miraba el reloj y nos apuraba. Teníamos que ir a Líbano, donde él se había citado con algunos familiares maternos a los que hacía muchos años no veía y estaban interesados en saber qué era lo que estábamos investigando. Nos montamos en su carro y cogimos por la carretera destapada y

polvorienta que conduce a Líbano, con la expectativa de conocer a los parientes de la “Sargento Matacho”.

7. Epílogo. Cuarenta y nueve años después: el reencuentro de los Velásquez

Líbano, una emblemática población liberal enclavada en la cordillera Central, al norte del Tolima, fruto de la colonización antioqueña, creada por arrieros y cuna de los Bolcheviques del Líbano (Sánchez, 1976), era nuestro destino. Lo que inicialmente había surgido como un interés colindante con otra investigación, nos había redirigido a ser testigos de un reencuentro familiar imposibilitado desde hacía más de 49 años, en gran medida por los temores de William a reencontrarse con ese difícil pasado de vida, amor y dolor.

Acto seguido nos dirigimos a la plaza central de Líbano y justo frente a la Catedral de Nuestra Señora del Carmen, con sus imponentes torres blancas, nos esperaban los familiares de Rosalba. Sentada en un pequeño muro se encontraba una mujer mayor y robusta que llevaba un vestido rosado fuerte y su largo pelo, algo canoso ya, amarrado atrás. Su rostro de piel oscura dejaba ver la mujer campesina, trabajadora y curtida por el sol, detrás de la cual aparecían ciertos rasgos indígenas, algún ancestro pijao, tal vez. Se trataba de Myriam, sobrina de Rosalba, acompañada de su hija y otros familiares.

El encuentro de Myriam con William resultó conmovedor. Largos abrazos, caricias, frases cariñosas: “Mijito, ¡yo pensé que se había muerto!”, le decía ella mientras pasaba su mano por la cabeza de su primo. Él volvía y la abrazaba, se miraban buscando reconocer las viejas imágenes con que se recordaban. Ella le presentó a su hija y otros familiares que fueron apareciendo. En medio de esta conmoción, de un talego sacaron el regalo que le traían a William: una foto a color, enmarcada, donde aparecía una mujer joven y bonita, engalanada con un vestido de seda rosado y una flor en la cabeza. Estaba sentada en el suelo y junto a ella

una pequeña. Una mirada cuidadosa de la fotografía nos permitió observar que la foto de la bebé está pegada, que la niña no estaba en la imagen original, hecho curioso que plantea interrogantes para ser explorados en otra oportunidad. La imagen de Rosalba dista de las imágenes sombrías de la vida guerrillera, pero también alejada del conservadurismo que marcaba la sobriedad de las mujeres en los años cincuenta, definidas en gran parte por las herencias religiosas de la época.

La naturaleza sumisa de las mujeres, seguidoras de las ideas conservadoras impuestas por la Iglesia católica, llevaban a inclinarse por la ideología conservadora, ya que consideraban a la mujer irracional, influenciable e incapaz de pensar y de tomar sus propias decisiones. (Acosta y Márquez, 2017, p. 60).

Esta era la foto de Rosalba y su pequeña hija Cielito, de la que nos había hablado William unas horas antes. Cielo, la hija de “Desquite”. William, con cara de asombro, les preguntaba si estaban seguras de que esa era Rosalba, su madre añorada, mientras pasaba sus manos con suavidad por encima del vidrio, tratando de tocarla. “Es la primera vez que veo el rostro de mi madre, nos dijo con lágrimas en los ojos.

Sin soltar el cuadro, el hijo de Rosalba nos contó:

Ese señor, “Desquite”, tuvo una hija llamada Cielito, la pequeñita que se aprecia en la foto. Con esa niña ella murió en bracitos. El papá de Olguita, mi hermana mayor, no estuvo en la guerrilla. Fue el primer marido de mi mamá, una persona que le gustaban los gallos y la vagabundería. Ellos terminaron separados. Después ella se metió con el tal Hernando, hicieron vida, pues fue más juicioso. Ella se enamoró mucho de él. La gente empezó a pelear de un lado a otro, de un color a otro, en eso lo mataron. Eso hizo que ella se llenara de rabia, de dolor; empezó a reconocer que el Estado estaba en contra de ella. Lo primero que hizo fue coger sus armas. Dicen que el primer muerto que hizo ella fue un señor de más abajo y lo cogió a hacha. Ahí cogió el monte y nunca más regresó a casa. Ahí hizo los contactos con la gente. Se enamoró de un guerrillero, el comandante “Richard”, de ellos nació Jorge. Después nació yo. Mi papá y mi mamá se conocían de

hace mucho, había mucha afinidad, sus fincas estaban cerquita y tenían familiares compadres. (W. Velásquez, entrevista personal, septiembre 2018).

Con estas pocas palabras William nos resumió la vida de su madre. No hay mucha información novedosa, parecería que la lectura de la novela de Alirio Vélez le imprimió un sello al relato y a los recuerdos. El tiempo que él compartió con su madre fue escaso, altamente valorado, pero esporádico y fugaz. Siente que podría contar más cosas y esa es su intención, pero en palabras no hay mucho más, tal vez recuerdos de emociones difíciles de expresar. Compartir estas memorias, propias y ajenas, mejoran su estado de ánimo, y le permiten reconocer que hoy día tiene más valor que años atrás para recorrer los lugares que frecuentó su madre, cuando lo llevaba en brazos mientras se terciaba un fusil y le cantaba al niño que un día dejó al cuidado del padre y de la abuela.

Yo alcancé a tener la mítica escopeta de Cápsula de mi mamá y su uniforme junto con el quepis que le robó a un militar cuando este intentó violarla. Ya cuando fui creciendo me desplazé a trabajar a varias veredas entre ellas a El alto del Sol, ahí hay una finca del señor Yubijildo Millán y su señora esposa, Diocelina, que ya venía siendo parte de nuestra familia por parte de mi mamá y mi abuela Tránsito. Ellos en esa finca ya sabían que yo era hijo de doña Rosalba, me mostraron su escopeta y el uniforme. Usé la escopeta, inclusive me maté unos loros, unos cinco o seis. Lo último que me bajé fue una palomita, ese fue el último pájaro que maté, me dio mucha tristeza. Lo curioso es que la escopeta, tal cual la recibí, ya estaba cargada. El uniforme quedó con ellos. (W. Velásquez, entrevista personal, septiembre 2018).

De nuevo, al hablar de su madre, surge la imagen de su abuela Tránsito, parecen los dos lados de una misma moneda, Rosalba, su madre, y Tránsito, la abuela que tantas veces fue otra madre:

Mi abuelita María Tránsito fue una mujer muy sufrida, especialmente con su primer marido, mi abuelito Adriano, quien era un hombre muy violento

con quien peleaba mucho por política. Un día se pusieron a tomar Adriano y su hermano, mi tío Lizandro, y Adriano sacó la macheta y mató a su hermano en la finca El Agrado por peleas políticas. Desde ese momento, la familia se descompuso. Mi abuelito Adriano murió y se dio la repartición de bienes, la cual no se hizo bien. Unos hijos reclamaban, otros hijos de mi mamá también reclamaban. Entonces empezó el fratricidio: vamos a matar a los Velásquez, vamos a matar a los Ibáñez. En esos tiempos todas las cosas se solucionaban con machete y bala. (W. Velásquez, entrevista personal, septiembre 2018).

Las imágenes finales de este retorno a la memoria no están precisamente cargadas de tristeza. William recuerda al niño que también fue feliz escuchando los cantos de su madre, con los juegos con sus amigos y con los encuentros furtivos en aquel charco en la quebrada, su escuela y sus juegos:

Cuando era pequeño me gustaba mucho ir a un charco cerquita a la vereda El Pantanillo, iba con mis amigos a bañarnos, 4, 5, 6 muchachos, 7 mujeres, entre los 10, 12, 13 añitos. Al otro día, la escuela, con disciplina estricta. Tenía un profesor Duque, al que le decíamos profesor Muelas por sus dientes. Un hombre mono, alto, rector de la escuela La Concentración, de la vereda de Tierradentro, Líbano. Llegamos a jugar a la guerra siendo niños. Nos disparábamos con cartuchitos de cartón impulsados por un caucho. O si no con dardos de plástico que se soplaban. No había bandos, solo nos diferenciábamos entre buenos y malos. Nos dábamos tiempo para correr y escondernos. (W. Velásquez, entrevista personal, septiembre 2018).

Myriam, mientras tanto, con satisfacción en el rostro, nos relató cómo fue William quien comenzó desde el año pasado, en el 2017, a buscar la familia y gracias a él se logró este reencuentro:

Es la primera vez que alguien viene a preguntar por el pasado de la familia. Soy la sobrina de Rosalba. Le traje a William el último cuadro de la mamá. Yo lo había regalado y fue a dar a la costa. Yo alcancé a distinguir a

mi bisabuela Tránsito, sus hijos, Ángel María, todos ellos. (M. Velásquez, entrevista personal, septiembre 2018).

A partir de allí, nadie pudo volver a hablar o, mejor dicho, todos hablaban a la vez. El nombre de Rosalba salía muchas veces de cada boca, más para preguntar que para afirmar. Todos tenían algo que decir, qué comentar o preguntar. Se acercaba el mediodía y era la hora de almorzar. Venían de lejos y habían desayunado temprano. Fue así como la tertulia sobre la emblemática guerrillera se desplazó a la plaza de mercado, donde reunidos parientes y amigos contaron sus historias a cerca de la Rosalba que recordaban. Sobrinas, primas, hijos, todos participaban completando la historia. Pero la figura de Myriam, su frescura y tranquilidad, así como su edad, hacía que las miradas se centraran en ella. Quizás, también, porque su historia se asemeja a la historia de Rosalba, o tal vez de Tránsito, dado que su hija está vinculada a sectores armados que recorren la región, atrapada en las redes de la guerra y también en las de un amor.

A nosotros nos tenían en lista los paramilitares por una vez que a la casa pasaron unos guerrilleros a chorrear las babas por una hija mía, que finalmente se fue con él p’al monte. (M. Velásquez, entrevista personal, septiembre 2018).

A Myriam, tanto como al resto de su familia, no le ha tocado fácil: el país no ha conocido la paz, el Tolima ha sido un largo escenario de guerra y el conflicto continúa demoliendo a la familia, arrebatando a sus seres queridos. Recordar es la mejor forma de enfrentarse al pasado, de entender y de resistir.

Yo nací en 1954, en plena violencia. Nací en Tierradentro, en mi casa, con parteras. Nací en un rincón de la casa, gracias a la partera llamada Josefa, de una vereda cerquita llamada Delicias. Nosotros muy niños quedamos huérfanos, mamá murió muy temprano y papá nos abandonó por la violencia. Éramos

siete. Nosotros quedamos regados los siete entre los tíos. Yo quedé con mi tío Ángel María. Mi hermano mayor tuvo que llamar a mi abuela Tránsito para que nos recogiera porque nos estaban dando muy mal trato, puro fueite. Nos pegaban por todo, por no lavar la loza bien. La abuela Tránsito, mamá de Rosalba, nos recogió a todos los siete. A mí me internó en un colegio aquí en Líbano, me internó con mi hermano. Mis otros hermanos quedaron con mis otros tíos. Para la época de la Violencia nos tocó dormir en los cafetales, en el monte. (M. Velásquez, entrevista personal, septiembre 2018).

Myriam nos mira y vuelve en su relato a Rosalba:

De mi tía Rosalba, me cuentan que ella llegaba uniformada, un uniforme color caqui. Yo me crié con la otra hermana de William, la mayor, Olga. Me acuerdo que la finada Rosalba nos iba a visitar, cuando no había policía. Ella mantenía pilas con esa gente. Esa vereda en donde vivíamos era liberal. (M. Velásquez, entrevista personal, septiembre 2018).

La tarde termina, pero los Velásquez no acaban aún. Faltan muchas historias, muchos recuerdos por compartir; son casi cincuenta años de ausencia, de silencio, de olvido, que es necesario recuperar en la plaza de Líbano. Oyendo a los familiares de Rosalba, parece que todos sabían soterradamente que tenían una guerrillera en la familia. Posiblemente pocos habían indagado sobre quién era ella. Rosalba constituye una memoria vedada y posiblemente necesaria de ocultar. La novela, luego la película y ahora “los profes” de la Universidad Nacional transforman a los ojos de su familia a Rosalba en un personaje importante, en medio de un grupo de tíos y primos que apenas se están reencontrando con ella. La presencia de William les aclaró muchas cosas y les recordó muchas otras. El reencuentro se hace más íntimo, risas, lágrimas, voces altas y murmullos, secretos que se comparten; un ritual único que evoca la memoria de Rosalba Velásquez, la “Sargento Matacho”, pero también la tía, la hermana, la madre, todas las Rosalbas estaban presentes.

Figura 5. William Velásquez con Myriam Velásquez, su hija y otra sobrina. Plaza de Líbano, septiembre 2018.



Fuente: foto de Ximena Pachón.

8. Reflexiones finales

Hemos dicho que la guerra ha sido considerada tradicionalmente asunto de hombres, de allí que la vinculación de mujeres en escenarios bélicos haya sido un campo poco estudiado, y el complejo papel que ellas juegan al interior de las filas armadas haya tenido poca visibilidad. Sin embargo, acercándonos a la vida de Rosalba, vemos cómo ella y otras mujeres a lo largo de nuestra historia se han encargado de probar lo contrario. La guerra ha sido también asunto de mujeres, y las funciones por ellas cumplidas rebasan las tradicionalmente ya descritas como tareas domésticas

y secundarias. Se hace necesario indagar más al respecto y explorar no solo sus funciones materiales, sino también espirituales, psicológicas o ideales, muchas veces invisibilizadas, pero importantes para el entendimiento de las dinámicas de la guerra y, aún más, para la reflexión en cuanto a su participación como mujeres en estas lides.

Igualmente, vale la pena comprender cómo la historia de Rosalba reta una de las afirmaciones de algunos especialistas, quienes argumentan que las pocas mujeres que estuvieron en la vida de militancia debían tener un marido líder o combatiente, pero al llegar la maternidad, quedaban por fuera de este derecho, es decir, la maternidad representaba un punto de referencia para quedar por fuera de toda posibilidad de guerra y perder muchos de sus derechos ganados, siendo rezagadas al cuidado de sus hijos. Sin embargo, aparentemente, Rosalba ingresa por voluntad propia y es dentro de las filas guerrilleras donde consigue compañero, es dentro de la vida guerrillera cuando queda embarazada y estuvo con sus hijos temporalmente en el monte, hasta que pudo delegar la responsabilidad materna en manos de su madre, para proseguir con su vida armada. A este argumento, además, habría que añadirle una variable más: Rosalba no solo era mujer, sino, además, una mujer campesina de los años cincuenta. Según la literatura tradicional, ella se caracterizaría por la sumisión y pasividad frente a sus maridos y la entrega a sus hijos. Sin embargo, Rosalba se aparta de este esquema: fue madre, fue guerrillera y fue compañera sentimental. El trabajo de grado en Historia, de Katerine Velazco Gonzales, “Mujer, sociedad y voto femenino en Cartagena 1940-1960”, lo expresa muy bien así:

La participación de las mujeres rurales en la vida de la sociedad colombiana tiene una larga y variada trayectoria en el siglo veinte y en los comienzos del veintiuno. Sin embargo, la historia tradicional ha invisibilizado su aporte como sujeto histórico y presenta una imagen de las mujeres como agentes sumisos y pasivos replegados en la esfera doméstica, incapaces de ejercer un papel activo ante las desigualdades de la sociedad, en los movimientos sociales y como parte de organizaciones. (Velazco Gonzales, 2014, p. 25).

En este sentido, ella reta igualmente una concepción de la mujer que se trasluce en algunos textos que estudian el periodo y la región, y que plantean que la mujer no fue protagonista de la historia, ni propiciadora de cambios, refiriéndose a ella tan solo como un apéndice de los sucesos, donde su papel se reduce al de ser víctima. Algunas referencias pueden hallarse en la recurrente ubicación de la mujer en función de sus padres y maridos, a los cuales Rosalba escapa, puntualmente en los asuntos educativos y laborales, reflejados en la tesis “La participación política de la mujer en Colombia durante el siglo XX. Análisis caso del Concejo Distrital de Bogotá 2001-2012” al mencionar, por ejemplo, que:

En la actualidad, tenemos una situación contraria a la que le tocó vivir a las mujeres de las décadas 40 y 50, que eran dependientes de la tutela de los padres y de ahí pasaban a la tutela del marido, quienes las educaban a su conveniencia e indicaban la forma de vestir, no tenían independencia para escoger profesión u oficio ni tenían la oportunidad de educarse. (Acosta y Márquez, 2017, p. 72).

Igualmente, la inscripción de la mujer a un código moral católico de “buenas costumbres” que las acercaban más a una semblanza casi idealizada de la Virgen María, dentro del marco de la fidelidad y la compañía marital, los cuales según lo descrito aquí se alejan de la propia imagen de la “Sargento Matacho”, para nada asociada a las cuestiones puras de nobleza evidenciada en textos como *El bello sexo en la imagen publicitaria 1950-1960*, en pasajes como los siguientes:

Las mujeres de primera mitad del siglo xx en Colombia eran concebidas e imaginadas bajo la noción de Bello Sexo, noción, que hace referencia a las mujeres y que tiene sus orígenes en las estructuras mentales, sociales y culturales configuradas desde el siglo XIX. Se trata de un discurso que hacía alusión a la condición femenina y al rol que debían cumplir en la sociedad colombiana, este, establecía que las mujeres debían mantenerse puras, tenían la obligación de ser: «bondadosas» «amorosas», «sinceras»,

«dulces», «amables», resignadas», «tolerantes», «fieles en cuerpo y alma a sus familias y a sus esposos», además, «debían ser humildes con el cónyuge» y debían «ser guía espiritual en el hogar». También se les adjudicaba a ellas la educación de los hijos, la que debía hacerse bajo la moral cristiana; debían dedicar su vida a Dios y a su familia y actuar como conciliadoras en el hogar. (Sánchez Fuertes, 2013, p. 2).

Aunque si bien existe una asociación directa entre la violencia de la época y su inscripción física y mental en las mujeres, esta parece no calar en la imagen de la “Sargento Matacho”, quien cansada de dicha categorización decide empuñar las armas y ejercer violencia contra la violencia. Sobre esto, textos como *Los “Pájaros” y la violencia en Colombia. Un análisis desde la historia y la literatura*, nos refieren que:

En medio de la Violencia, según lo refieren las novelas consultadas, se da una caza feroz contra las mujeres embarazadas, dándose también lugar a mostrar violaciones en masa contra mujeres indistintamente de su condición; esposos castrados que debían ver la violación de sus mujeres e hijas. Es frecuente también en los relatos, una violencia excesiva en el ámbito sexual, siendo casi inmisericordes en su trato hacia las mujeres. Se notan claramente signos machistas en el acceso y el trato. (Rodríguez Machado, 2018, p. 51).

Finalmente, habría que dejar la puerta abierta para analizar el papel de los niños en esta investigación. William, junto a sus hermanos, fue parido en los albores de la guerra, siendo su palabra —para este caso la de William—, la principal fuente narrativa de su madre en la guerra. Criados entre teteros y fusiles, estos niños tenían un pie adentro y uno fuera en la guerrilla. Sus relatos, hilados por el pasado que los define y el presente que los ubica, aún se encuentran por contar. Haber nacido allí, haber vivido lo que vivieron, los dota de experiencias de vida que también son parte de la memoria del conflicto, así como el caso mismo de Rosalba.

Lo que nosotros aquí hemos compartido seguramente continuará. Este tan solo es un pequeño retazo dentro de un proyecto inacabado de relatos que van apareciendo de la nada y que más adelante esperamos puedan ser investigados y contados con mayor detalle.

Referencias

- Acosta, Aura Marina y Márquez Cárdenas, Martha Amparo. (2017). *La participación política de la mujer en Colombia durante el siglo XX. Análisis caso del Concejo Distrital de Bogotá (2001-2012)* (Tesis de maestría). Universidad Libre, Bogotá.
- Andrade Salazar, José Alonso; Barranco, Libia Albis; Jiménez Ruiz, Luz Karine; Redondo Marín, Miladys Paola y Rodríguez González Lida. (2017). La vulnerabilidad de la mujer en la guerra y su papel en el posconflicto. *El Ágora USB. Revista de Ciencias Sociales*, 17(1), 290-308. Recuperado de: <https://doi.org/10.21500/16578031.2827>
- Andrade Porras, Stephanie (2012) *Impactos del conflicto político militar en la vida cotidiana del municipio del Libano (Tolima) entre 1991 y 2007* (Tesis de Maestría). Universidad del Tolima, Ibagué.
- Aprile, Gniset Jacques. (1991). *Las crónicas de Villarrica*. Bogotá: ILSA/Opción.
- Arango, Gonzalo. (2016). *Obra negra, contiene obras para leer en la silla eléctrica y otras sillas*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit, Corporación Otraparte.
- Baehr, Harry. (20 de febrero de 1961) ‘La Violencia’ in Colombia, New York Herald Tribune (European Edition), p. 6.
- Barros, María Adelaida y Rojas Mateus, Natalia. (5 de octubre de 2015). El rol de la mujer en el conflicto armado colombiano. *El Libre Pensador*. Recuperado de <https://librepensador.uexternado.edu.co/wp-content/uploads/sites/5/2015/10/El-rol-de-la-mujer-en-el-conflicto-armado-colombiano-Maestr%20ada-en-gobierno-y-pol%20adicas-p%20bablicas-El-Libre-Pensador.pdf>
- Betancourt Echeverry, Darío. (1990). Las cuadrillas bandoleras del Norte del Valle, en la violencia de los años cincuentas. *Historia Crítica*, (4), 57-68. Recuperado de: <https://doi.org/10.7440/histcrit4.1990.03>

- Caro Martínez, Lilly Diana y Wilches Díaz, Lizeth Yuliana. (2020). *Rol y participación política de tres mujeres excombatientes de las Farc-EP: antes y después de la implementación de los acuerdos de paz* (Monografía para optar el título de psicóloga). Fundación Universitaria Los Libertadores, Bogotá.
- Centro Nacional de Memoria Histórica [CNMH]. (2011). *Mujeres y guerra: víctimas y resistentes en el caribe colombiano*. Bogotá: Taurus.
- Fals Borda, Orlando; Umaña Luna, Eduardo y Guzmán, Germán. (1962). *La Violencia en Colombia, estudio de un proceso social*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- García Acevedo, Adriana Catalina. (2012). *Los cuentos de ser cierto de los tiempos de ser mentira. Memoria de la violencia política en el norte del Tolima. Bandoleros, bandoleras y huellas en la tierra*. (Trabajo de grado presentado para optar por el título de antropóloga). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Hobsbawn, Eric. (2001). *Bandidos*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawn, Eric. (2014). *Rebeldes primitivos. Estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Barcelona: Planeta.
- Jaramillo Castillo, Carlos Eduardo. (1987). Las juanas de la revolución: el papel de las mujeres y los niños en la Guerra de los Mil Días. *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*, (15), 211-230.
- Marulanda, Elsy. (1995). Mujeres y Violencia, años 50. En Magdala Velásquez (Comp.), *Las mujeres en la historia de Colombia*. Bogotá: Editorial Norma.
- Meertens. Donny. (1995). Mujer y violencia en los conflictos rurales. *Análisis Político*, (24), 36-49.
- Meertens. Donny. (2000). *Ensayos sobre tierra, violencia y género. Hombres y mujeres en la historia rural de Colombia (1939-1990)*. Bogotá: Facultad de Ciencias Humanas Universidad Nacional, Colección CES.
- Molano Bravo, Alfredo. (2015). *Fragmentos del conflicto armado (1920-2010)*. Bogotá: Comisión histórica del conflicto y sus víctimas. Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia.
- Oquist, Paul. (1978). *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Instituto de Estudios Colombianos.